## Los dinamiteros del verbo

Por Bernardo GONZALEZ ARRILI

- (En Rep. Amer.)

Para «tandilero» y pese a todo su afán universal, quería al terruño de alma. No errará quien asegure que sus mejores páginas traen el eco de sus serranías — piedras, rocas, aguas, — y de sus valles «acribillados de celestes manantiales», sus arroyos «que murmuran bajo tapices de berros» y sus selvas pobladas de «pájaros aturdidores». Su cariño por la tierra se le desborda sin advertirlo. La querencia, que puede ser no más que una ilusión, brota de nosotros mismos. En la cárcel y en el destierro, el recuerdo del rincón natal llena los pechos de lirios.

Rodolfo González Pacheco nos gustó por el estilo. Nos llevaba diez años de ventaja en la edad y diez leguas de delantera en las letras, cuando nos encontramos en «Ideas y Figuras», la revista de Ghiraldo cuya sala de redacción debió ser el café «La Brasileña» de la calle Maipú, pues no conocimos otra. Por entonces - primeras hojas del almanaque de la segunda década del siglo —, los muchachos y los ya mozos, todos anarquizaban por gusto. Usaban palabras que asustaban y servian de pretexto a la autoridad, pero que en realidad no eran nada. Los «dinamiteros del verbo» formaban un batallón cuyos nombres pudieran dar la pauta de muchas cosas pasadas. Se acercaba el Centenario de la Revolución de Mayo que venía parejo con los primeros conflictos entre obreros y patronos. Se vieron dos caminos principales abiertos hacia la fecha americana: el de las ligas patrióticas, conservadoras y temerosas, y el de los grupos reducidos, rebeldes y disonantes. Los dos caminos querían conducir — ahora lo vemos cruzando zonas distintas, hacia la libertad. Sólo que a los disonantes los solían tomar presos, seguramente para aquietarles el ánimo que andaba medio revuelto. Libertad, pero no mucha. Había unos señores que manifestaban su amor a la patria con celos de guardianes, y extremaron la nota. Sancionaron leyes poco justas y las aplicaron con las equivocaciones de la prisa. No quisieron creer que los jóvenes suelen ser sinceros y vale la pena escucharlos.

A Pacheco se lo llevaron a Usuhaia. A Ghiraldo lo encerraban cada quince días. El grupo cafeteril, lírico e inofensivo, se rompía y luego se volvía a formar. Los muchachos caíamos al grupo medio sonrientes y medio entristecidos, con las cuartillas garabateadas durante el «éxodo». Algunos traían versos del tono airado de aquellos: «Felices de vosotros los imbéciles . . . » . Otros, un drama, con el personaje consabido que se va «barranca abajo». Los más, una página con el palabrerío que intentaba ser corriente, filudo, como la prosa de Barret, breve, irónica y entradora.

Nos encantaba Pacheco por el estilo de su prosa y por el estilo de su vida.

Lo seguíamos queriendo, aunque ya no lo leíamos, cuando se fué para Cuba y México, cuando siguió para España. Nos gustaba su teatro. Nunca le escuchamos discursear; dicen que lo hacía bien, no sólo cuando leía, sino también cuando improvisaba. Debía de ser así porque era dueño del picotazo elocuente del que se vuelca sincero. Su frase "cortada como con hacha» se formaba de imágenes y de ideas, y quedaba. Era tremendo cuando mordía. Véase su página sobre La Plata y sus (carcamanes mañeros), y la que dedicó a Bahía Blanca donde todas las casas "parecen tiendas. Pero era querendón cuando elogiaba. De su llegada a Mendoza decía: «el alma se pega a la ventanilla como un muchacho a una vidriera de golosinas». Su fuerte estaba en saber inquietar. Pinchaba. ¿Qué esperan el «pelado» de México, el «roto» de Chile, el «raído» del Paraguay»?

A Pacheco lo perdimos durante muchos años. En las ciudades populosas se naufraga con frecuencia y cada barrio es una isla. Volvimos a encontrarnos casi cuarenta años después de las reuniones en la sala de redacción de La Brasileña. Ya había muerto Ghiraldo. Ya teníamos encima el despotismo de la justicia lista. Ya estábamos tordillos.

-Amigo, cómo fué eso?

Se nos había escurrido el agua de la vida por entre los dedos de la mano. Algo más quietos, en el panorama cambiante, con un asiento más bajo, pero escuchando las voces de los mismos oradores. Seguía él en su tema. Ahora ya sabíamos que por estos pagos nuestros, el que se apresura y atropella sale airoso; que se producen dos «dos deslomaduras», lo cursi y lo chabacano, pero que «lo gananciable» es lo que se prefiere. «Hay que hacer dinero, si puedes, honradamente, y si no»...

Venía el amigo, después de cruzar zonas terribles como la revolución española, comprendiendo piadosamente la vida, convencido de que su tesis es la que acierta, y sonriendo. Porque González Pacheco era un lírico que pensaba en los dinamiteros de la fábula con la cara llena de risa y el alma volcando bondad. Sabía machucar al poeta tropical que llegaba a Buenos Aires después de cantar loas dulzonas a algún mandón, y lo llamaba «el pardo que es dueño de una ocarina»; sabía recordar su (Pico blanco) en las tres leguas de campo pampa, parejero guapo; sabía memorar a Irineo, el cantor y guitarrero que nadie aplaude porque el efecto de su voz es para adentro y «como de agua en los terrones les esponja las entrañas».

En dos tomos juntaron la prosa de Pacheco con el nombre de «Carteles». Leyéndolos, vuelvo a encontrarlo, no como la última vez que lo ví, sonreído y canoso, sino como las primeras veces, con jopo a la oriental, elocuente y fustigador. Cuando le encontraba, en rebusca amistosa, la particularidad de los dedos largos a Florencio Sánchez y decía en su elogio la inocente mentira de que tenía el orgullo de su oficio de canastero. Cuando Pacheco volvía en derrota hallaba manera de asegurar que del fracaso sólo escarmientan los flojos. Comparaba a los caballos del pago agricultor con la humild de los labriegos y sabía encontrarles 'un cacho de cielo en las pupilas absortas"; sus cascos son sellos sobre la pampa: "firman la paz". Recordaba que una vez, camino de su tierra natal, iba con otro cruzando campo, cuando vió venírsele encima una polvareda. "Volqué el caballo y le dí la espalda''. Pero el reproche del hombre, triste más que severo, me manoteó las riendas:

-No haga eso, don. ¿No ve que es su pago mismo que viene alzando los brazos?. No lo desaire...

De este anárquico, lírico y criollo, se puede seguir el rastro literario, la modificación ascendente de su prosa cortada, la robustez de sus frases, el filo de sus adjetivos, recorriendo esos dos tomos de prosa. Todo era para él "Carteles". Prosa de principios del siglo, de autor comparable a la de aquel que "empezando cada día gastó su vida hasta el cabo, como un hacha". La mayoría de los temas quedaron inactuales, pero el estilo, a pesar de las disconformidades que se le puedan oponer, sale al cotejo con vida y se mantiene tal cual.

Bernardo GONZALEZ ARRILI

Ruenos Aires, 1958.